

Querido Eduardo, queridos amigos:

No habéis tenido mucha suerte con ser yo quien deba cerrar esta serie de brillantes y emocionadas intervenciones, porque, aunque ponga toda mi buena voluntad en el empeño, que la pongo, no lo dudéis, no voy a saber cantar las alabanzas que tú, Eduardo, te mereces. Ni tengo la elocuencia que sería necesaria, ni la serinidad que sería de desear. Soy, un sentimental al que fácilmente desborda la emoción. Y se palpa la emoción aquí, esta tarde, a raudales. Yo la siento conmover mis entrañas y temo que, en cualquier momento, suba a mi garganta y estrangule mi voz.

Pero no importa. La ocasión de participar activamente en el homenaje a un compañero es, para mí, la más grata, la más reconfortante y placentera de cuantas me depara el oficio de ser, circunstancialmente, vuestro Presidente. Ese placer se agiganta, se eleva hasta hacerse indescriptible cuando, como en este caso sucede, el homenaje se tributa a un médico eminente, ilustre por muchos conceptos que, además, es un amigo entrañable, un grande y buen amigo desde hace muchos años.

No procede insistir ahora sobre los muchos méritos de Eduardo. Son de sobra conocidos por todos y ya lo han hecho otros con más autoridad y mejor que yo hubiera podido hacerlo. Pero sí quiero destacar las que creo notas más sobresalientes de su perfil psicobiográfico. Son, junto a una laboriosidad y un amor al trabajo excepcionales, junto a una afición a sus enfermos al estudio poco comunes, junto a una vitalidad y una simpatía que siempre supo contagiar a cuantos de alguna manera hemos convivido con él, y acaso como causa de todo ello, un estricto sentido del deber y un notable sentido de la amistad. Sentidos del deber y de la amistad que, sabiamente conjugados, han dado como resultado una vida de trabajo fecundo y de entrega al servicio de los demás que es ejemplo y patrón para todos nosotros, y que a él le ha llevado a una situación de enorme prestigio profesional, aureolado por el cariño de cuantos le hemos tratado.

El sentido del deber le llevó a no rehuir nunca sus compromisos de honor. Por eso su participación en diversos puestos de responsabilidad política y de responsabilidad social. Su sentido de la amistad y del servicio a los compañeros, incluso a los que no se conocen y aún a sabiendas de que no siempre se logra de ellos una valoración y un reconocimiento justos, le hizo aceptar, un día, estar en la Junta Directiva de nuestro Colegio. Fue, ya lo sabéis, durante muchos años, miembro de ella, como Secretario primeramente y como Vicepresidente después; siempre exquisitamente cortés con todos y profundos conocedor de los problemas colegiales.

Nuestro amigo Eduardo es un hombre afortunado. Ha triunfado profesionalmente, ha triunfado socialmente y, sobre todo, ha triunfado familiarmente ayudado, de manera muy eficaz, por esa mujer excelente, que ha sabido ser esposa ejemplar y madre perfecta, Piedad, venturosamente a su lado, silenciosa y calladamente emocionada. Dios le ha concedido, además, el pri-